

La mujer en el hogar de los hombres célebres

La dueña de la pensión en donde vive desde hace catorce años el Ministro de Instrucción Pública

SIGUIENDO a la doncella, atravieso un pasillo y me encuentro en la habitación de Marcelino Domingo. Esto creo que se llama, en lenguaje jurídico, "allanamiento de morada". Bien ajeno estará a estas horas el ministro de Instrucción pública de que una persona completamente extraña para él se encuentra en su cuarto examinándolo todo, con esa curiosidad con que se examinan los objetos pertenecientes a los hombres célebres.

—Lo mismo vive que cuando no era ministro —me dice la doncella, muy extrañada de este fenómeno—; no hay más diferencia sino que ahora, con tantas ocupaciones, está en casa menos tiempo; pero lo demás, igual. Ya habrá visto usted que otros, en cuanto son "algo," se po-

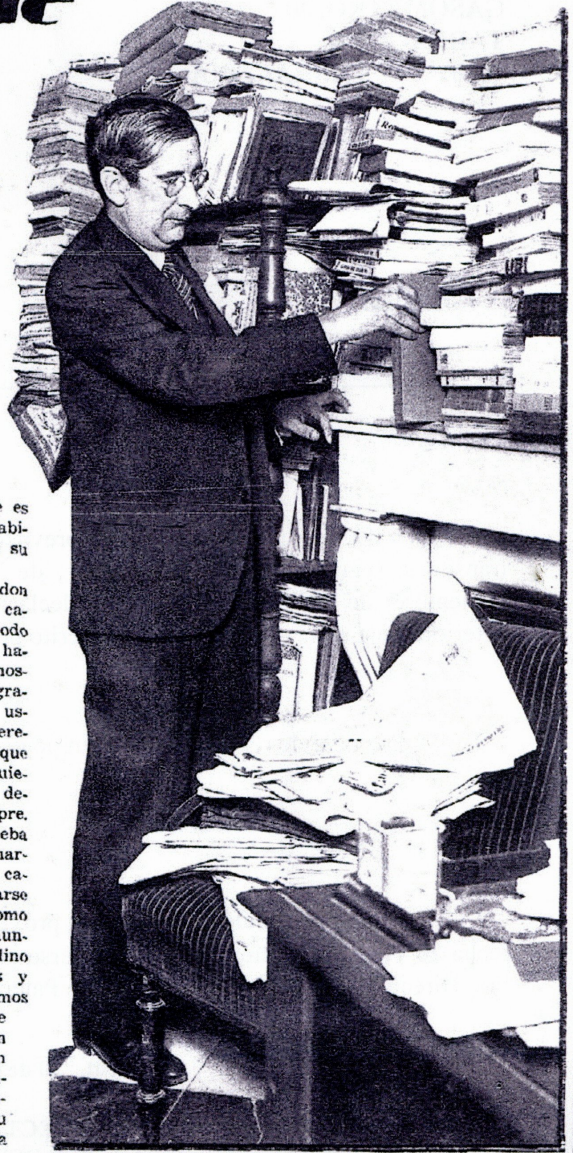
nen orgullosos y no hay quién los aguante. ¡Tenían que ver a don Marcelino! Nadie ha notado que en esta casa hay un ministro. Ni siquiera yo, que todos los días le sirvo el desayuno.

Todos los de la casa se expresan igual, y, al hablar de Domingo, más que admiración por el hombre célebre, demuestran cariño hacia el huésped que les ha sido fiel durante tantos años.

La dueña de la pensión, o mejor dicho, la hija del dueño, que es viudo, me explica, con mucha amabilidad, pormenores de la vida de su huésped.

—Aquí llegó don Marcelino hace catorce años, y en todo ese tiempo no ha habido entre él y nosotros nada desagradable. Figúrese usted lo que le queremos; yo creo que también él nos quiere, y nos lo ha demostrado siempre. ¿Qué más prueba que no haberse marchado de nuestra casa? Al implantarse la República, como ya sabe todo el mundo, don Marcelino estaba en París y nosotros temíamos que, al volver, se alojase en un gran hotel o en otro cualquier sitio, más en consonancia con su cargo que esta pensión nuestra. No sabe usted el disgusto que pasamos, aunque no era incompatible con la alegría de verlo triunfante, claro es. Pero no fué así: don Marcelino volvió a su cuarto, y aquí sigue viviendo, entre sus libros. ¿Se ha fijado usted en los libros que tiene?

Efectivamente, me he fijado. El cuarto de Marcelino Domingo está completamente lleno de libros. Las paredes, hasta el techo, son un inmenso estante. Libros en la mesa, en las sillas, en el suelo, y periódicos, grandes montones de periódicos, que llegan hasta el techo de la habitación. Colgado de un estante



El cuarto de la pensión de Marcelino Domingo está atestado de libros y periódicos. La chimenea soporta una pirámide de literatura.



El dueño de la pensión es un antiguo republicano. Su hija y él temieron que el huésped ministro se viera obligado a trasladarse a otro hotel más elegante. Pero don Marcelino se quedó.

que hay más pequeño que los otros, descubro un objeto extraño. Me acerco con disimulo: es un jamón. Pero un jamón auténtico, enterito, con su pata y todo. Doña Manolita me mira y se ríe.

—Eso es un jamón que le regalaron el otro día. No sabía dónde ponerlo, porque aquí todo está ocupado por los libros, y entre los libros tiene que estar. Lo puse ahí porque creí que era donde menos se veía.

—Puede que sí; pero yo le aseguro a usted, señora, que el que entre con apetito, lo descubre a la primera ojeada, y además se lo lleva, como "sabroso" recuerdo del señor ministro.

—Sí, tiene usted razón; pero con tantos libros no hay sitio para nada. ¡Buen trabajo han dado estos libros a la Policía!

—¿A la Policía?